

FERNANDO CASTRO FLÓREZ

Aunque fue un fanático del 'skate', José Antonio Hernández-Díez (Caracas, 1964) no se dedicaba a 'grindar'. Seguramente ha visto más horas de las que uno puede imaginar de acróbatas de la tabla haciendo de las suyas en la explanada del MACBA. El artista venezolano que quería ser médico ha preferido deslizarse dominando el equilibrio en el registro horizontal, que también tiene grietas y obstáculos que pueden hacer que el batacazo sea el destino inapelable.

Su trayectoria no ha sido, ni mucho menos, un desplazamiento sin fricción. Al contrario, él mismo ha cancelado caminos y ha dejado atrás procedimientos, como el vídeo y la foto, en los que había demostrado tener planteamientos conceptuales brillantísimos. No se trataba de mera insatisfacción, sino de una pulsión que le lleva a rodar asumiendo que el terreno es un rizoma.

Tras años sin realizar una individual en Madrid, ahora plantea una revisión de trabajos que ha realizado desde finales de los noventa sin pretender ser una suerte de 'mini-retrospectiva'. Nada más ajeno a este artista que la actitud burocrático-curricular o el manierismo de un estilo que, a la postre, no conduce a otra cosa que a la fosilización prematura. Él conoce de sobra lo que supone la taxidermia y también hizo visible que la 'encrucijada del corazón' puede ser un dispositivo tecnológico tan hermoso

LOS RECORRIDOS DEL PATINADOR

Otro venezolano que se deja ver por Madrid es José Antonio Hernández-Díez, que repasa en Freijó Gallery sus últimos 20 años



Obra de la serie 'Le genou de Claire' (2005), y 'Mao', fotografía de la serie 'Pensadores'

como inquietante ('Sagrado corazón activo', 1991).

Los objetos de Hernández-Díez tienen tanto de siniestro (cosas familiares devenidas extrañas) cuanto de divertido. Basta contemplar en la entrada de la galería Freijó la foto con tres zapatillas deportivas apiladas que componen el nombre de MAO -parte de una serie que, literalmente, pone 'en pie de ca-

lle' a los filósofos-; o la cuchara doblada que recuerda a Uri Geller, para comprobar que la cosa está atravesada por las pasiones lúdicas.

Hernández-Díez da rienda suelta al apropiacionismo postmoderno sin caer en la pedantería; lo mismo hace un guiño a los cambios de escala de Oldenburg que versiona piezas de Dan Flavin con fluorescentes

de madera o alude a la fenomenología minimalista de Judd al tiempo que evoca un cruce de miradas entre escaleras mecánicas. Incluso el veneno de la 'duchampitis' adquiere una presencia nada ortodoxa en las ruedas de bicicleta que están poseídas por la culpa serpentina.

Tal vez esa enorme uña posita que ha colocado sobre un soporte de papel de lija sea la

perfecta alegoría de un proceder artístico que deconstruye estereotipos, deja abiertos los sentidos e invita a disfrutar de las descontextualizaciones. Gerardo Mosquera señaló que 'Arroz con mango' (1997), título de una magnífica obra suya, podía ser una sabrosa síntesis de los senderos bifurcantes de su imaginario. Ciertamente ha sabido 'cocinar' ingredientes raros, como cuando construyó unas tablas de patinar con chicharrones para completar su instalación 'La hermandad' (1994) que pudo volverse a ver en el MACBA en 2016.

Patafísica objetual

En una serie de dibujos de rodamientos ('Le genou de Claire', 2005) también aparecen ermitas y botes de lubricante en lo que puede entenderse como otra vuelta de tuerca a esta especie de patafísica orientada a los objetos. Desde que Hernández-Díez hiciera la videoinstalación 'In God We Trust' (1991) -en la que se recogían disturbios callejeros en Caracas- hasta hoy han pasado cosas muy 'crudas', por recordar la exposición de Dan Cameron en el MNCARS en la que estuvo invitado en 1994. Parece que estamos ya hasta 'recocidos'. Tal vez tengamos que volver a patinar y, sin miedo, doblar la esquina en vez de la cuchara para que pueda surgir algo diferente. ■

José Antonio Hernández-Díez
JAH *Throwback* ★★★★★
 Freijó Gallery. Madrid. C/ Zurbarano, 46. Hasta el 17 de febrero